



Así escribe...

Luis Monje Ciruelo

De su libro "Leyendas y Relatos de Guadalajara"
2ª edición, 2010

DIOS@ETERNIDAD.COM

Se pasaba las horas muertas prendido de la pantalla del ordenador. Cuando volvía malhumorado de la oficina, irritado por la soberbia de sus jefes y el desinterés de sus compañeros, su indignación le desaparecía en cuanto se sentaba ante el ordenador. Para Antonio Cuñado, auxiliar administrativo de Hacienda en Guadalajara, este "electrodoméstico intelectual", como algunos le llaman, era su mejor lenitivo. Venía sulfurado de la oficina tras una bronca del jefe, y le bastaban unos minutos de navegación por Internet para olvidar sus problemas. Le gustaba navegar y buscar conexiones con los más exóticos lugares. No hay que decir que Antonio Cuñado se hacía pasar por jefe de su oficina cuando utilizaba Internet para ligar. Ahí es donde su fantasía se disparaba. Se declaraba modestamente licenciado en Derecho y doctor en Económicas, quizá por su frustración de no ser universitario; confesaba medir 1'83 de altura, aunque no llegaba a 1'70; se lamentaba de haber perdido sesenta mil euros en la Bolsa en una sola jornada (su sueldo no duplicaba el jornal mínimo) y reconocía que le llamaban "*El Guaperas*", pero ocultaba que era un poco corcovado y bizqueaba del derecho. En fin, para Antonio Cuñado el ordenador, bueno, Internet, era una ventana al mundo, más bien un balcón para su vanidad. Y también un lugar de recreo, de descanso, de ocio y, sobre todo, de libertad.

De libertad, porque no dependía de nadie, porque nadie le ponía vetos a su fantasía, porque lo que no era en la vida lo era en Internet. O, por lo menos, fingía creérselo. Y a sus internautas, ¿qué más les daba que Cuñado fuese o no lo que decía? Alguna vez pensó que Internet era para él como el huerto del pueblo para Rodríguez, su compañero. Éste decía que el huerto era su liberación, porque allí nadie le mandaba y hacía lo que le apetecía. Lo de menos eran los frutos que recogía. Lo mismo opinaba Cuñado, al que le daba igual que sus interlocutores de Internet en lejanos países creyeran o no sus fantasías. Él creía que se las creían y lo demás no le importaba.

Antonio Cuñado acostumbraba a entrar con el ordenador en las páginas web de las más altas instituciones y hacía escapadas a páginas extranjeras, cuanto más importantes mejor, pero el inglés no estaba a su alcance, por lo que de nada le servía entrar en la C.I.A., en el Pentágono, en Scotland Yark, en el F.B.I., en el Kremlin. Y hasta intentó introducirse en los sistemas informáticos del Pentágono, creyéndose un "hacker", pero,

naturalmente, no lo consiguió. Sin embargo, con el Vaticano no atrevió, nunca supo por qué.

Un día se preguntó por qué no intentar comunicarse con extraterrestres, si los había, porque él no creía mucho en ellos. Y escribió: extraterrestres@espacio.com, pero nadie le contestó. Y jamás supo si era porque los extraterrestres son una fantasía o porque no acertaba con la dirección. Tampoco pudo establecer contacto marcando marcianos@espacio.com. Y no intentó enviar un e-mail a otras galaxias, como le hubiese gustado. De pronto se le ocurrió una idea que le pareció genial.

- ¿Por qué no mandar un “emilio” al mismísimo Dios? –se dijo- Ya sé que Dios no necesita la Informática para saber y conocer todo. Y quizá este mismo pensamiento mío de comunicarme con Él ya lo sepa.

Cuñado, sin embargo, sintió cierto escrúpulo, entre irreverencia y temor al pecado, al considerar excesivo eso de dirigirse a Dios directa y personalmente por medio de la Informática. Podría interpretarse como una burla sacrílega. Él siempre había oído decir que a Dios sólo se le habla por medio de la oración. Además, acentuaba su resquemor el pensar que no quería hablar con Dios para alabarle o pedirle mercedes, como se hace con la oración, sino por capricho, sin necesidad, para darse el gustazo al otro día de farolear en el bar ante los amigos de que se había comunicado por correo electrónico con el mismo Dios. Más alto no podría llegar en sus fantasías de internauta.

- Lo malo es que eso a lo peor es pecado –pensó- Consultaré con algún sacerdote.

La amonestación

Pero don Gabino, el titular de su parroquia, se echó a reír cuando le expuso su problema:

- Pero, hombre de Dios, y nunca mejor dicho, ¿a quién se le ocurre mandarle un “e-mail” al Señor? A Dios se le reza pero no se le pide que sea tu internauta. Nuestro Señor está por encima de la Informática y de la Cibernética. Dirigirse a Él a través de un ordenador, sólo la intención de hacerlo me parece una falta de respeto y una irreverencia. Pecado, no, aunque podría serlo en otras circunstancias. Pero, sobre todo, me parece una tontería, una verdadera bobada, si lo haces sin malicia. Y hasta yo mismo me parece que estoy haciendo el tonto hablando contigo de esto. Si alguien nos oyera pensaría que nos falta un tornillo. ¡Anda, vete, y rézale a Dios, que eso nunca está de más! ¡Y déjate de sansiroladas!

Cuñado reconoció que don Gabino llevaba razón.

- Donde esté una oración con fervor que se quite un “e-mail” –pensaba- Y si Dios no nos contesta directa e instantáneamente cuando le rezamos no es porque nuestra petición no le llegue o no la estime, sino porque no es un agente comercial ni un gestor administrativo al servicio del cliente.

Se detuvo un instante porque no estaba muy seguro de lo que acababa de pensar:

- Bueno, no es nuestro servidor, pero sí nuestro Padre y Protector. Y no necesita la técnica informática para conocer nuestros deseos y pensamientos. Eso es, por lo

menos, lo que yo he deducido de mis lecturas y de las homilias que he escuchado. Así que estoy hecho un lío.

Se detuvo un instante con las manos sobre el teclado del ordenador, ante cuya pantalla estaba reflexionando. Y siguió:

- ¿Y por qué va a ser una irreverencia mandarle un “e-mail” a Dios? Los tiempos han cambiado. Antes nos comunicábamos a voces o con señales acústicas o luminosas. En Canarias, por ejemplo, con silbidos. Y aún quedan por ahí, en nuestra propia provincia, restos de torres de señales para comunicarse con hogueras desde lo alto de los cerros. Ahora lo hacemos por Internet. Ya sé que siempre se ha aceptado que la oración es un diálogo con Dios. Y la oración normalmente ha sido oral. Pero ¿por qué no se va a poder rezar por escrito y, por tanto, dirigirle un “e-mail” a Dios? ¡Ea, que sea lo que Dios quiera! Don Gabino me parece que está un poco anticuado.

Y con gesto decidido, tras santiguarse, quizá para menguar la posible gravedad de su gesto, Antonio Cuñado tecleó: dios@eternidad.com. Estuvo dudando entre poner Cielo o Eternidad, porque los dos dominios podían aplicarse informáticamente a Dios, y vaciló también entre elegir como extensión “org” o “com”. Sin embargo, aún a sabiendas de que no era la decisión más correcta, se decidió por dios@eternidad.com. Probaría después la otra opción si la primera fracasaba. Así que siguió con su original petición.

Un “e-mail” con unción

- “¡Señor! Ya sé que soy un humilde feligrés de una modesta parroquia y que no tengo ningún mérito para dirigirme a Ti. Pero, precisamente por esa humildad cristiana que toda la vida me ha servido de norma y que Tú deseas para tus fieles, quiero como hombre y como católico tener la oportunidad de ser el primero que, mediante las modernas técnicas electrónicas, hable con Dios. Ya sé que no soy digno de ello, y que lo lógico sería que lo hiciera tu representante en la Tierra, el Papa. Quizá él ya lo haya hecho, aunque de todas formas sería para mí un orgullo, y un gran aliciente para mi fe, ser el primero de los católicos de base que, sin prescindir de la vía tradicional de la oración, se comunicase con el Creador por medio de la electrónica.

- “Te ruego, Señor, que veas en mi mensaje la buena fe con que lo he escrito, y no tengas en cuenta la posible vanidad de mi intención sino mi afán de comunicarme Contigo por medio de un ordenador, inaugurando con ello quizá un nuevo camino para dirigirnos a Ti. Creo que, en lugar de las oraciones tradicionales, a lo mejor desgastadas por la rutina de tantos siglos, también podría utilizarse Internet para hacerte llegar de una manera más personal y meditada nuestras alabanzas y peticiones. Perdóname lo que pueda haber de impertinencia e irreverencia en estas consideraciones, que, en todo caso, serían fruto de mi ignorancia y no de mi presunción. Amén”. Y no estuvo seguro de que ese “amén” encajase en un texto electrónico.

Envió Antonio Cuñado su mensaje y se dispuso a esperar. Reflexionaba para sus adentros:

- Si en la Tierra una simple instancia a un ministerio tarda a veces meses en ser con-

testada, no creo que la respuesta divina llegue inmediatamente. Tendrá Dios que atender y plantearse tantos problemas y peticiones de los más de seis mil millones de habitantes de nuestro mundo que la demora en atenderme estaría justificada.

Pero no fue así porque el “e-mail” del Cielo llegó minutos después. Fue rápida la respuesta, pero concisa, demasiado escueta, a su juicio. Era un “e-mail” un tanto administrativo, que le dejó perplejo:

- Diríjase a mi embajador en Roma, el Papa; a mi cónsul en Toledo, el Cardenal Primado de España o a mi delegado en Guadalajara, el obispo de Sigüenza. Ellos son mis representantes en la Tierra y en su país.

Cuñado se quedó confuso. El “emilio” recibido no parecía corresponder a su petición. Le sorprendía que fuera el propio Dios, omnisciente, quien respondiese así. El correo electrónico no venía firmado.

- Habrá sido algún administrativo –murmuró-, no parece que sean los del Cielo mucho más inteligentes que los de mi oficina.

Antonio no se desalentó ni se dio por vencido. Tenía que averiguar si la respuesta era del mismo Dios. Así que insistió:

- ¡Señor! Quisiera saber si mi mensaje ha llegado a Tus manos y si es verdaderamente Dios quien me ha contestado, porque en el “e-mail” recibido no aparece ninguna identificación. Perdona mi osadía y mi insistencia. En mi correo explicaba mi ilusión por establecer una comunicación personal.

Esta vez la respuesta fue directa y contundente. Y le dejó frío a Cuñado:

- ¡Majadero! ¡Claro que soy Dios! Pedro Dios Martínez, asesor financiero de la inmobiliaria La Eternidad, de Málaga, para lo que gustes mandar. ¡Ozú! ¡Lo que nos hemos reído en la oficina con tus mensajes...